



## SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

# LA ILUSTRACION

## DE LOS NIÑOS

## OFICINAS

Montera, 53, segundo

MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.  
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.  
Se publica dos veces al mes.

Año V

DIRECTOR. Don José Noví y Pereda

Núm. 78

## SUMARIO

I. La niña desaplicada.—II. Las étrennes de María.—III. En el monasterio de Monserrat.—IV. La inteligencia de los animales.—V. Mi pueblo.—VI. La aprendiz de madre.—VII. Los séres materiales.—VIII. Trocar los papeles.—IX. Los eslabones de oro (conclusion).—X. La lira de los cielos.

## LA NIÑA DESAPLICADA

Con los halagos que la fortuna prodiga, agenos á todo dolor y con los mimos de la familia, cualquiera siente hervir en sus venas el fuego de las pasiones; esas pasiones que engendra el ocio y alimentan las riquezas; cualquiera prescinde del trabajo, seducido por los halagos mentidos del recreo. Pero ¡ah! cuando el recreo vá tomando los caracteres del ocio ó la vagancia vá poco á poco labrando en el ánimo de los incautos como la persistente gota de agua que taladra el duro pedernal.

Apenas se percibe en un solo día el mal que ocasiona; pero lesiona el alma, como queda con el tiempo lesionada la compacta masa de sílice.

El recreo, el inocente pasatiempo es hasta santo, en virtud á que, tomado con moderación, nos sirve para el desarrollo de nuestras facultades y hemos recibido el mandato de cuidarnos á nosotros mismos como hijos de un sér superior; pero cuando abusamos de él, relegando los deberes, entonces ya no se llama recreo, se llama vagancia, se llama vicio.

Os remito, mis queridos lectores, al cromó que acompaña á esta entrega para llevar á vuestro conocimiento una lección que no debeis olvidar; pretendo inculcar en vuestro corazón las máximas morales, y presentándoos una pintura que fascine á vuestros ojos, quiero explicaros los encantos de esta vida pasajera y falaz.

Representa el dibujo una niña de doce á catorce años, elegantemente

prendida, bella, expresiva, de esperanzas; de esas esperanzas con que sueña el que dispone de un puñado de oro. Una niña bonita, graciosa, encanto de sus padres y objeto de las atenciones de cerebros frívolos, ligeros.

Cuantos adornos ha podido exigir la moda, los lleva encima; cuanto determina de vida actual, se encuentra dibujado en ese tipo.

Mas ¡ay! ¿qué son las apariencias ante el desnudo esqueleto de la realidad?

Esa niña, fijaos bien en la lección, los que se la parezcan, para que se corrijan, y los que la envidien inconscientemente, para que estén satisfechos de su modesto existir; esa niña, que el vulgo aplaude cuando traza sobre la helada superficie del lago giros inverosímiles, laberintos de líneas, capaces de confundir al más hábil matemático; esa niña, repito, es muy desaplicada, y los aplausos que resuenan en sus oídos son otros tantos malos consejos que la desvían del turno del terreno real.

La ficción vá lastimosamente sustituyendo en nuestros días al verdadero mérito, todo se encuentra falsificado; pero ¡ay del que se precipita en las redes del engaño voluntario ó forzoso!

Abrid los ojos y escuchad.

Esa niña que veis tan bien prendida, que parece como que desafía con su actitud á los espectadores, que triunfa y se divierte, esa niña no sabe rezar, ni leer, ni escribir, ni coser, ni ha adquirido hábitos de subordinación, ni encuentra nada respetable como no sea su capricho, su libre voluntad.

¿Creeis que puede ser feliz?

No, y mil veces no.

Aunque respetemos su origen, aunque recordemos su apellido, aun-

que la miremos elegante, aunque la atendamos como rica, esa niña puede quedarse sola, puede perder sus riquezas, puede enfermar y adquirir una tisis ó una raquitis, puede muy bien resbalar sobre el hielo que hoy constituye su recreo, puede inutilizarse, y sin interés, desfigurada y sola, apenas si habrá uno que la recuerde sino para censurar las primeras inclinaciones de su vida. Ni el que la aplaudía cuando rica la atenderá, ni el amigo recordará su origen, ni la sociedad viciada la tributará homenajes de respeto, ni podrá exhibirse con lujo, ni lucir sus habilidades, ni hacer gala de su belleza, y el pasado mismo la servirá de perpétuo tormento.

¡Cómo!..

Nada más natural.

Los que mayores recursos poseen, tienen doble deber de atender á su educación, tienen doble deber de ser discretos é instruidos, tienen doble deber de dar ejemplo, y ella no discurre ni ejecuta otra cosa que lo superfluo.

Los que mayor fortuna atesoran, deben ser castos y juiciosos, complacientes y considerados, caritativos y humildes; y sus tesoros, que solo puede utilizar en el fugaz y pasajero período de la vida, ha de invertirlos prudentemente en su propio perfeccionamiento y en auxiliar al que necesita, no desafiando con el fausto á la pobreza y la humildad, sino repartiendo dones en nombre de la virtud y de la fé cristiana, y esa niña mira con menosprecio al mendigo, desatiende sus deberes y vive engreída con los aplausos y enorgullecida con su actual posición.

Sabe vestir, sabe darse tono, sabe responder con coquetería á las lisonjas de sus aduladores, pues ignora el valor de las ropas que ciñe y desco-

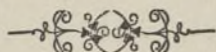
noce el corazón humano. Sabe y se huelga en mortificar con sus galas á niñas más modestas, pero no piensa en el porvenir. Atavía su cuerpo con los encantos fascinadores del lujo, pero descuida los atavíos del alma, que son la moral y la buena educación.

¡Ah! Llegará á ser mujer, llegará á ser esposa, puede llegar á ser madre, y no podrá hacer la felicidad de su esposo ni dirigir la conciencia de sus hijos. Su ignorancia la hará repulsiva al carácter del primero y empobrecerá á los segundos. No disfrutará de la paz y del amor con que el uno la brindará, ni será merecedora de las dulces caricias de los otros.

Es decir, pasada la edad de oro en juegos y devaneos, vendrá la edad del positivismo á torturar todos sus pensamientos: los que entonces la parecían años venturosos, la parecerán despues siglos de pena; lo que creía una felicidad, la servirá de tormento, y entonces lamentará su holganza y su ficción, su desaplicación y sus errores.

Así, pues, consagraos desde niñas á las nobles tareas de vuestro sexo y disfrutareis más tarde de paz y de venturas.

JOSÉ NOVI Y PEREDA



## LAS ÉTRENES DE MARÍA <sup>(1)</sup>

A mi excelente discípula

AURORA ELORRIAGA

—¡Mamá, mamá!—gritaba una hermosa niña de seis á siete años, entrando alborozada en el gabinete de su mamá.

—Héme aquí, hija mia, héme aquí: ¿qué deseas?

—De parte de papá que tengas la bondad de vestirme para que vayamos los tres á comprar mis *étrennes* de Año Nuevo.

—¡Loquilla! Mirame.... ¿No ves que estoy completamente vestida y dispuesta á partir?

—¡Ah, es verdad! Perdóname, querida mamá; estoy tan contenta pensando en el hermoso *bébé* que papá me ha prometido, que no sé ni lo que digo ni lo que hago. ¿No es verdad que es muy lindo mi *bébé*?

—Sí, mi bien, muy lindo, casi tan lindo como tú.

—¡Ah! no; mi *bébé* es mucho más bonito que yo, mucho más bonito que la niña más bonita del mundo. Acuérdate de sus ojos, mamá, aquellos ojos azules como el cielo, que parecían mirarme cariñosamente ayer cuando pasamos delante del almacén; yo no he visto ninguna niña que tenga los ojos tan dulces, tan hermosos co-

mo él. ¿Y su boquita, mamá, y su boquita?... Cualquiera diría que es un botón de rosa entreabierto. ¿Conoces tú alguna niña que sonría tan graciosamente como mi *bébé*? Y luego mi *bébé* no llorará nunca, no se incomodará nunca conmigo, como Albertina y Celia, que por todo se enfadan y me hacen rabiar á cada paso; él será siempre bueno, y yo le querré mucho.

La mamá tomó á la niña entre sus brazos y la sentó sobre sus rodillas colmándola de besos.

—Dices bien, María de mi alma, él será siempre bueno, y tú le amarás más cada día. Te sudará con tu *bébé* lo que á tus papás contigo: tú eres buena, cariñosa, obediente, y tus papás te adoran y todo el mundo te quiere. ¿Sabes por qué te parece tan hermoso el *bébé* que dentro de media hora te pertenecerá? Pues es sencillamente á causa de la encantadora expresión de dulzura y de bondad que el fabricante, verdadero artista, ha sabido dar á su carita de ángel; porque, no lo olvides nunca, alma mia, no hay nada que embellezca tanto el semblante de una niña como la bondad del corazón y la dulzura del carácter.

—No lo olvidaré, no lo temas, mamá mia... Pero oigo á papá, que impaciente por nuestra tardanza, viene á buscarnos, dijo la juiciosa María, saltando de las rodillas de su mamá y corriendo hacia la puerta del gabinete.

—¿Qué haceis, perezosas? No estais aún preparadas para salir, dijo el señor de N... entrando en la habitación de su esposa.

—Sí, sí, papá, cuando quieras estamos dispuestas á seguirte.

—¿Has dado orden de que enganchen, Antonio? dijo la mamá de la linda y buena María, dirigiéndose á su esposo, que con el sombrero ya puesto y abotonándose los guantes contemplaba á la madre y á la hija con indecible complacencia.

—Sí, querida, y podemos partir cuando queráis.

—Vamos, vamos, pues; estoy deseando ver pasar el hermoso *bébé* del escaparate del almacén á los tiernos brazos de nuestra hijita.

María y sus papás descendieron las anchas escaleras de su suntuosa casa, y montaron en el elegante y ligero *landeau* que les esperaba en la puerta.

Por el camino no se habló de otra cosa que del *bébé* y de los mil otros magníficos y lujosos juguetes que habian de componer el regalo de Año Nuevo destinado por sus papás á la pequeña María.

El carruaje se detuvo delante de un rico almacén de juguetes de lujo, y los señores de N... se apearon dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

Antes de penetrar en él, María se detuvo é hizo detener á sus papás delante de espléndido escaparate. Allí estaba tendido en una preciosa cuna de raso azul el deseado *bébé*, que en efecto era hermosísimo.

—¡Oh, miradle, miradle, qué bello está, parece un niño de veras!—dijo la niña, radiante de felicidad, contemplando el *bébé*, que, como ella habia dicho á su mamá, parecía sonreír apaciblemente á su futura dueña.

—La verdad es que está admirablemente hecho—dijo el papá, contento al ver dichosa á su pequeña hija.

—Entremos—añadió la mamá, tan impaciente como la niña por tener en sus manos el lindo objeto de los deseos de aquella.

Y los tres avanzaron hacia la puerta.

Pero en lugar de entrar en el almacén, la niña retrocedió dos pasos, su dulce fisonomía tomó

una expresión de pena indefinible y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué es eso, hija mia? ¿Qué te sucede?—exclamó su papá, que la tenía por la mano, creyendo que María se habia sentido repentinamente indispueta.

—¡Hija de mi vida! ¿Qué tienes?—dijo la mamá verdaderamente alarmada ante el cambio operado en el semblante de la niña, momentos antes resplandeciente de alegría, y tomándola en sus brazos.

—¡Mamá de mi alma! ¡papá mio! Ya no quiero que me compreis ese *bébé* ni juguete alguno. ¡Oh, no!

—¿Qué capricho! Pero ¿por qué, hija mia?

—¡Mirad!—respondió María, señalando con su pequeño dedo á una niña poco más ó menos de su edad, que acurrucada al lado de la puerta del almacén, presentaba en su aterida mano un pequeño paquete de palillos de cedro que ofrecía á los transeúntes.

Ya se comprenderá que el día último de Diciembre de 1881, en que ocurría lo que venimos refiriendo á nuestras interesantes lectoras, aunque el sol brillaba en todo su esplendor, el frío era intenso, y el aspecto de la pobre niña vendedora de escarba-dientes, cubierta apenas por un viejo chal de merino negro lleno de girones, inspiraba verdaderamente compasión.

—¡Infeliz criatura!—exclamaron á la vez los señores de N... acercándose á ella con la pequeña María que la contemplaba tristemente.—¿Qué haces ahí acurrucada con este frío cruel?

—Vendo mis palillos, buenos señores—contestó la pobre niña levantándose y dejando ver sus pies desnudos.

—¿No tienes papás?—la preguntó cariñosamente María.

—¡Ay, no, señorita! Mi madre murió al darme á luz, y mi padre, que era albañil, se cayó de lo alto del andamio en que trabajaba, y murió también hace dos años.

—¿Qué desgracia! Pero, dime, hija mia, ¿con quién vives? ¿Quién cuida de tí?

—Vivo con una vecina que me recogió por caridad á la muerte de mi padre; pero ella también es pobre, y es preciso que yo haga algo para aumentar nuestros escasos recursos.

Nuestra interesante María y sus papás escuchaban con una compasiva ternura á esta pobre hija del infortunio, cuyo bello y dulce rostro, lleno de inteligencia y de expresión, inspiraba á primera vista el más vivo interés.

María, la niña rica, mimada, cuyos menores deseos eran adivinados y satisfechos por sus apasionados padres, aún antes que ella lo hubiera concebido; la niña que no conocía necesidades de ninguna especie, y á quien hasta lo superfluo sobraba, veía ante sí otra niña, bella como un ángel, dulce como la sonrisa de una madre, á la que—¡contraste amargo!—todo, hasta lo más indispensable faltaba.

Lágrimas de piedad—¡benditas lágrimas!—se desprendían de los hermosos ojos garzos de María, que tomando entre sus finas y delicadas manos las manos frias y amoratadas de la huérfana, la atraía suavemente hacia sí y la besó con ternura.

Después, volviéndose á sus padres, que la contemplaban con el corazón profundamente conmovido y orgullosos de la bondad angélica de su hija, les dijo gravemente, con una seriedad y una entonación impropias de sus pocos años:

—¡Papá, mamá! hace un momento, cuando al entrar en el almacén mis ojos se han detenido sobre esta pobre niña, su desnudez, su aspecto

(1) *Étrennes*, regalos de esta época del año (aguinaldos.)



de miseria, me ha hecho sentir una cosa que yo no sé explicar, y este grito se ha escapado de mi corazón:—¡No! Yo no emplearé en juguetes una suma que puede emplearse en algo más útil; en vestir á una criatura de Dios como yo, que puede morir de frío en estos días crudísimos de invierno. Pues bien, queridos papás; ahora, yo os lo suplico; en vez de ir á este almacén de juguetes, vamos los cuatro á otro en donde se vendan ropas hechas, y abriguemos bien, empezando por sus piés, que deben estar helados, á la pobre abandonada, que no tiene una madre que la caliente contra su seno, ni un padre que con su trabajo la sostenga.

—¡Dios te bendiga, hija de mi alma!—exclamó, llorando de gozo, la mamá de María.

—¡Ven á mis brazos, ángel mio!—dijo el señor de N... estrechando contra su corazón á su buena y precoz hija.

Y tomando por la mano á la pobre huérfana, que lloraba también, sin darse cuenta de sus sentimientos.

—Vamos—continuó—vamos primero á cumplir este grato deber de cristianos que nos ordena *vestir al desnudo*; vamos á satisfacer tus deseos, que son los de tus papás, María mía; pero después, volveremos por tu *bébé* y por todos los juguetes que tú elijas para ti y para tu interesante protegida, que desde hoy puede contar su porvenir como asegurado.

—¡Oh, sí! Tú, mi querida María, velarás por ella, y contigo nosotros. Mañana mismo haremos las gestiones convenientes para ponerla en un colegio en donde aprenderá todas las cosas útiles á una mujer y de donde sólo saldrá cuando esté completamente educada y bien formada para dedicarse á aquello á que su vocación la incline. ¿Apruebas mi plan, Antonio?—dijo la señora de N... dirigiéndose á su esposo.

—Con toda mi alma, amiga mía, y me asocio á él con verdadero entusiasmo.

Nuestros cuatro personajes penetraron en el *landeau*, que inmediatamente se puso en marcha, dirigido por el cochero, á quien el lacayo había transmitido las órdenes de su señor.

Dejémosles partir acompañados de las bendiciones de todas las almas nobles y generosas, y sobre todo de la bendición de Dios, que está siempre con los que siguen fielmente sus santas inspiraciones.

Dichosos los favorecidos por la fortuna si saben hacer de ella un digno uso.

Dios, que nos ha creado para que ganemos con nuestras obras el premio de eterna felicidad que nos reserva á su lado, nos procurará todos los medios seguros de llegar á tan hermoso fin.

Pero además de estos medios generales que nuestro amantísimo Padre Eterno pone al alcance de todos, los pobres y los ricos tienen un auxiliar particular poderosísimo que hace fácil y llano el camino por donde se va al cielo.

El de los primeros se llama *Resignación*.

El de los segundos *¡Caridad!*

ERMELINDA DE ORMAECHEA.

Bayona, 1882.

## EN EL MONASTERIO DE MONSERRAT

Á LA VIRGEN EN SU ÁLBUM (1)

Lejos del mundo, en formidable altura  
y en estas peñas de color de cielo,

(1) En el Monasterio de Monserrat (Cataluña) conservan los monjes un álbum donde todos los viajeros consagran un recuerdo cariñoso á la excelsa señora de aquellas elevadísimas y agrestes montañas.

sobre las nubes asentó un trono  
la madre del Eterno.

Aquí, María, Moreneta (2) amada,  
en los sitios de eternal silencio,  
es donde el alma concebiste  
¡con tu poder inmenso...!

Aquí olvidando los mundanos goces,  
placer más grande conseguir anhelo;  
para admirarte y adorar tu mano  
á visitarte vengo....

Me marchó ya, pero á tu lado, escrito  
quiero dejar mi postrimer deseo,  
y es... que también visites de mi vida...!  
los últimos momentos....

RICARDO SEPULVEDA

Setiembre de 1866.

## LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES

### EL CABALLO

(TRAD. DEL FRANCÉS) (Continuación)

No solamente su cerebro es desarrollado y está surcado de numerosas circunvalaciones, sino que además posee excelentes sentidos. Tiene los ojos colocados de manera que, aun pastando, dirige la vista muy lejos en dirección horizontal, y durante la noche distingue los objetos mejor que el hombre. Su oído es delicado, y tiene la facultad de recoger las ondas sonoras por medio de grandes conchas auriculares móviles.

Esta movilidad de la oreja puede servir para reconocer el carácter ó las impresiones del caballo; una oreja gallarda, muy móvil, indica gran actividad; una oreja suavemente caída, extensa por todos lados, sobre todo si el caballo mira ya á un lado, ya á otro, un párpado superior fruncido, la mirada un tanto fija, un tanto incierta, indican un caballo espantadizo ó medroso; un caballo que dirige sus orejas adelante, que busca y husmea á la persona que se le acerca, es dulce y confiado y está dispuesto á recibir caricias.

Las fosas nasales del caballo son amplias, y sus narices están dispuestas para percibir desde grandes distancias las partículas olorosas que se desprenden de los cuerpos; su delicadeza para la alimentación es mucho mayor que la de las otras especies herbívoras; su gusto ó paladar está bastante desarrollado; su lábio superior está dotado de una gran facilidad de movimientos para palpar y recoger los alimentos. Su piel está dotada de una exquisita sensibilidad, y goza de la facultad de hacerla plegar para despedir los insectos dañinos.

Su voz, que se denomina relincho, se modula según sus sensaciones, sus deseos, las pasiones de que está dominado. Hé aquí cinco clases de relinchos bien caracterizados:

1.º El de alegría, en el cual los sonidos suben á tonos cada vez más fuertes y agudos; el animal se bota y cocea al aire, pero sin ninguna intención de dañar.

(2) Moreneta llaman á esta Virgen los catalanes, por ser negra la imagen que veneran.

2.º El de apetito; los acentos entonces se prolongan y tienden á ser más graves.

3.º El de cólera; que es corto, agudo, entrecortado; el animal, si es vigoroso, busca objeto á que cocear, y si es malo tiende á morder.

4.º El de espanto; grave, ronco, parece no salir más que de las narices, y como el de cólera, es fuerte y cortado.

5.º El relincho de dolor; este más bien es un gemido, una especie de tos ahogada, cuyos sonidos graves y sordos siguen á la respiración.

Los caballos más nobles é inteligentes como también los más excelentes, son los que relinchan con frecuencia de alegría y de apetito.

Los caballos salvajes escogen de entre ellos jefes que les den la señal de partida; cuando un prado se agota, ellos marchan á la cabeza de la columna y se lanzan los primeros á través de una barranca, de un río, de un bosque que importa franquear.

Aparece un objeto extraordinario, el jefe manda un alto; va á la descubierta, y á su vuelta da por un relincho conocido la señal de confianza, de huida, de combate. Se presenta un enemigo terrible que no teme ó que no se puede evitar por la huida, se reúnen en pelotones cerrados y circulares con las cabezas hácia el centro, en el cual se refugian los animales jóvenes y enfermos, y es muy raro que, viendo semejante maniobra los tigres, los lobos ó los leones, no emprendan una precipitada retirada.

Estas hordas, fuertes ordinariamente de muchos millares de individuos, se dividen en familias, cada una de las cuales está constituida por un caballo y cierto número de yeguas y de potrillos que le siguen con abandono y le obedecen con docilidad.

El hábito de marchar en tropel y de maniobrar bajo la voz de jefes sacados de su misma especie, le hace más propio que ningún otro animal para las fatigas de la guerra, y el hombre no ha hecho más que aprovecharse de una inclinación natural adiestrándole para los combates; así se nota que estos animales, encontrándose en la vida que hacen en los regimientos en íntima conexión con sus propias costumbres, se regocijan y se portan mejor que en toda otra clase de servicios; adquieren conocimiento de todos los movimientos que pueden mandárseles, hasta el punto de ser capaces, no solamente de comprenderlos, sino de dirigir á un jinete inexperto que les montara; aunque el jinete sea arrebatado por una bala de cañón, el viejo caballo de tropa no deserta de las filas; él continúa sin jinete que le guíe. Un escritor francés relata haber visto, cuando las columnas de caballería atravesaban el campo de batalla de la víspera, donde algunos caballos habían sido abandonados, acudir y seguir en tanto que sus desfallecidas fuerzas se lo permitían, á los escuadrones donde ellos creían reconocer á sus antiguos camaradas.

Se ha dicho que los caballos vueltos á la libertad en las estepas del Nuevo Méjico y en las pampas de Buenos-Aires, no deben á

ningun modelo, á ninguna enseñanza, su táctica de ataque y defensa... La imitación no puede haberles guiado, y sus facultades adormecidas durante siglos, despiertan vírgenes de toda alteración... Pero podía ser de otro modo. Los hábitos y las costumbres en estos animales, ¿son otra cosa que la consecuencia necesaria de su organización? Si la condición de servidumbre ó cualquier otra causa vienen á alterarlas, cuando la influencia extraña cesa, la naturaleza recupera sus derechos. Lo que se mira como un prodigio en la vuelta del caballo salvaje de la América al modo de vivir de los caballos de la Scitia, se extiende, dice un célebre escritor francés—Mr. Grogner—á todas las especies que, vueltas á la libertad, se desembarazan, como si fuese inútil, de todo lo que nosotros les hemos enseñado, porque su educación es un estigma de esclavitud.

Otro sentimiento que parece ingénito al caballo, es la emulación. Todo el que haya sido testigo de una carrera de caballos, habrá podido convencerse de ese ardor, de esa competencia, que lo mismo que en el hombre civilizado, suscitan sus facultades y su energía.

El caballo está dotado de una gran memoria; él guía á las personas que se extravían por la noche en los caminos, y siempre que se dejen guiar por el animal, no tengan cuidado, él encontrará la ruta. El célebre Franklin, *el domador del rayo, el Prometeo moderno*, refiere que él tenía un caballo que le conducía por un país montañoso difícil de reconocer, y siempre que se creía extraviado soltaba las bridas sobre el cuello del caballo que, abandonado á sí mismo, jamás erraba el camino.

La inteligencia del caballo sería sin embargo mucho mayor, si en lugar de limitársele á un solo orden de servicios mecánicos, se tomase el hombre el trabajo de desarrollar esta inteligencia, poniéndola en contacto con diferentes órdenes de hechos. Los caballos más sagaces son, por regla general, los caballos de los regimientos, porque los ginetes, en sus momentos de descanso, se entretienen en hablarles y en enseñarles toda clase de ejercicios. El caballo de guerra es un compañero, más aún, un amigo del soldado; él entiende perfectamente la voz de sus maestros; él participa de sus pasiones belicosas y relincha de furor al frente del enemigo.

Y para terminar, relatemos el siguiente hecho, que demuestra plenamente su gran memoria y su lealtad y nobleza. En 1809, en una de sus insurrecciones, cogieron prisioneros los tirolese quince caballos de los bávaros y los montaron, agregándolos á uno de sus escuadrones; pero en un encuentro con un escuadrón de su antiguo regimiento, estos caballos escaparon á galope tendido, y sin dejarse guiar por sus ginetes y á su despecho, les precipitaron en las filas de sus antiguos camaradas los bávaros, donde fueron hechos prisioneros estos desgraciados ginetes.

En nuestro próximo artículo trataremos del asno, animal que se distingue especialmente por sus grandes aficiones músicas.

JERÓNIMO GALLARDO Y DE FONT

## MI PUEBLO

Era yo un niño cuando salí de él y no había vuelto á visitarle hasta la sonriente edad de las fugaces ilusiones. Le amaba casi sin conocerle: en mi memoria conservaba tan solo un oscuro é indeciso recuerdo. Cuando al llegar la primera vez contemplé la gallarda torre de la iglesia que se eleva majestuosa y cuya cruz se pierde entre los arreboles del aire; cuando pude mirar con la ansiedad del que pretende traer á su memoria ingrata los recuerdos del venturoso pasado, las hermosas blanqueadas casas de la villa; cuando pude ver emocionado el despejado horizonte que la cubre, los verdes campos que la rodean y los azulados montes que la circúan, sentí que mi corazón juvenil latía con más violencia y que mi alma se ensanchaba gozosa ante aquel espectáculo que traía á mi mente los alegres días de mi infancia en que crucé afanoso los deliciosos valles y en que recibí mi frente al par que las caricias de mi bondadosa madre, los besos de la luz de un sol meridional.

Siempre he deseado me recordaran la época en que al grato calor de apacible lumbre pasábamos las largas veladas de riguroso invierno; cuando mi querido padre leía con interés sumo sencilla y moral narración que mi idolatrada madre escuchaba con agrado mientras nosotros, entonces pequeñuelos, mariposeábamos á su alrededor, molestándola con nuestras inocentes impertinencias. ¡Cuánta dulzura, cuánta poesía encierran estos gratos recuerdos!

Cuando, poco tiempo hace, fui á visitar el pueblo donde ví la primera luz, recorría sus calles algunas noches y me encantaba ver cómo á la luz de melancólica luna se comunicaban los amantes sus pasiones; gozaba al saludar á algún cariñoso amigo con quien hube compartido los juegos de la infancia. ¡Qué hermoso es mirar á lo pasado risueño, si vemos que nos atormenta lo presente y no hallamos esperanza en lo porvenir! Así, cuando vivimos con el corazón dolorido por causa de algún desengaño, cuando algún amargo pesar turba nuestra alegría, nos halaga y nos complace altamente encontrar un amigo querido á quien los hazards de la vida hayan tenido alejado de nosotros por mucho tiempo, para que nos consuele en nuestra aflicción, mitigue nuestra tristeza y nos haga recordar con encanto las alegrías y los goces de días más venturosos.

¡Cuántas tardes que salía del pueblo triste y cavizbajo me iba viendo los rubios racimos que colgaban de las verdes cepas, contemplando las hermosas viñas que tanto abundan y los oscuros olivares que tampoco escasean, y al mirar á algunos labradores entregados á sus agrícolas faenas, me ponía á considerar su triste estado! Esos honrados campesinos, que ocupados todo el día en sus trabajos, con la frente inclinada al suelo, como indicando que en él está su porvenir, vertiendo abundantes gotas de sudor que fecundizan la tierra, atraviesan una existencia amarga y llena de privaciones, y sin embargo, se creen felices y dichosos cuando al volver de sus tareas al lugar tras la tarda yunta, entonando sentida canción, se encuentran á su mujer y á sus hijos que esperaban su llegada con impaciencia.

Recuerdos son estos que endulzan el presente cuando la tristeza nos embarga y nos martiriza.

Si el pueblo es el sitio bendito donde damos

nuestros primeros pasos y pronunciamos nuestras primeras balbucientes palabras, ¿cómo no amarle, cómo no idolatrarle lo mismo que se ama la patria y que se idolatra la familia?

ANTONIO R. GARCIA VAO

## LA APRENDIZ DE MADRE

El grabado que con este mismo título publicamos, representa una de esas escenas tan comunes en los pueblos todos donde hay niñas tan dóciles, tan cariñosas, tan buenas y tan fieles cumplidoras de su deber, como Brígida.

La pobrecita tiene que ayudar á su madre cuando á ésta la llaman fuera de casa otros quehaceres imprescindibles, y viste con mucho gusto á su hermanita Eugenia, quien sin duda ha debido despertarse con ganas de comer cuando tan anhelante fija sus ojos en el platillo de la sopa que ya á prevención la tiene preparada Brígida.

Y ahí veis también, queridos lectores, á Canelo, fiel perrito que parece como que quiere aprender cómo se viste á los chiquitines, y eso que á él maldito si le importará esto, pero que al pobre le tiene con algún cuidado el que acabe Brígida pronto la operación, por si le corresponde lamer el plato.

La mayor parte de las mañanas se repite la misma función y siempre la buena niña cumple el encargo que la confiere su madre, sin arrugar el ceño y sin gruñir, porque esto no deben hacerlo nunca los hijos que saben la doctrina, obedecen á sus padres, temen á Dios y quieren á sus hermanitos más pequeños.

Después que acabe Brígida de vestir y de dar las sopitas á Eugenia, la colocará en el carreton, porque tiene que avivar el fuego para que se caliente el agua de la caldera, pues precisa lavar su madre la ropa que hay en la artesa cuando regrese de llevar el almuerzo á su esposo.

¡Si viérais cuánto siente la pobrecita no poder ir todos los días á la escuela! Y claro, ¿cómo vá á componérselas? Sus padres son dos honrados pero humildes trabajadores del campo, en un pueblo de la alta montaña de Cataluña, y apenas si uniendo todos los esfuerzos pueden conseguir, como ellos dicen, que el hambre pase por la puerta de casa y no entre.

Esto no obstante y como los días en invierno son tan cortos y dan tan poco de sí, Brígida, que tiene un padre que es un hombre de bien á carta cabal, aprovecha algún rato por las noches en soltarse á leer y á escribir con él, pues ya va siendo grandecita y es fuerza aprovechar los instantes.

Y luego así, adquiriendo costumbres y hábitos de trabajo, no la será tan difícil atraerse y conquistarse las simpatías de cuantos la conozcan; pues toda niña que ha sido buena hija y buena hermana, reúne más condiciones de posibilidad para creer sea una buena esposa y una buena madre, lo cual es de lo más apreciable y apreciado en el mundo.

Imitad, pues, mis lectores, la asiduidad y fraternal cariño que revela la conducta de Brígida, y así os querremos todos mucho, pero mucho.

Ya lo veis, y pronto, que por verificarlo de esa manera, es tan mimada y festejada de los autores de sus días y de sus vecinos, *La aprendiz de madre*.

GOYO



LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



LA NIÑA DESAPLICADA.





LA APRENDIZ DE MADRE

Ayuntamiento de Madrid

## LOS SERES MATERIALES

ANALOGÍAS Y DIFERENCIAS

ENTRE LOS VEGETALES Y LOS ANIMALES

Todas las plantas existentes en nuestro planeta constituyen un grupo que se llama *Reino vegetal* y todos los animales constituyen otro que se llama *Reino animal*. Ambos reinos componen el *Imperio orgánico*.

Grandes son las diferencias que separan a muchos vegetales de muchos animales; pero son tan grandes también las analogías que existen entre todos y especialmente entre algunos, que no son pocos los seres orgánicos que, pareciendo por una parte plantas y por otra animales, han constituido durante mucho tiempo un importante grupo intermedio conocido con el nombre de *zoófitos*, palabra que quiere decir animales-plantas. Y es que los caracteres distintivos entre unos y otros seres no se nos muestran suficientemente marcados para poder afirmar, sin padecer error, que tal ó cual ser pertenece á tal ó cual reino del imperio orgánico.

Ciertamente que por escasos que sean los conocimientos de un individuo en cuanto se refiere á las ciencias de la naturaleza, no incluirá la acacia entre los animales, ni el caballo entre las plantas; pero cualquiera, aunque sea gran naturalista, vacilará muchísimo ántes de clasificar no pocos de entre los innumerables seres que de ordinario se encuentran en los líquidos, buscándolos con microscopios de mucho aumento.

La composición química y la manera de verificarse las funciones fisiológicas son las señales que sirven, aunque no en absoluto, para poder distinguir á los animales de las plantas.

Los componentes de los vegetales son tres, por lo ménos: carbono, hidrógeno y oxígeno, predominando el carbono; y los de los animales son, por lo ménos, cuatro: los tres que se acaban de nombrar y el nitrógeno, siendo éste el predominante.

Los vegetales y los animales desempeñan funciones de nutrición y de reproducción; pero los vegetales carecen de funciones de relación.

Están los animales dotados de sensibilidad y de movimientos voluntarios, y mediante estas facultades se ponen en relación con cuanto les rodea; pero hay animales que apenas dan señales en toda su vida, ni de sensibilidad, ni de movimiento, y en cambio hay plantas que si no sienten, al ménos lo parece, y otras que no están fijas en un sitio sino que se trasladan á distancias más ó ménos considerables, aunque por causas independientes de su voluntad, de la cual carecen.

Las funciones de nutrición tienen por objeto en todos los seres orgánicos conservar el individuo, y las de reproducción conservar la especie.

Todos los seres vivos necesitan alimentarse para seguir viviendo; pero los vegetales se nutren solamente de sustancias gaseosas ó líquidas, ó de sólidos disueltos en líquidos, de materias, en fin, bien dispuestas para la absorción, y los animales más conocidos se ali-

mentan de sustancias que necesitan sufrir una preparación especial en su aparato digestivo. Hay, sin embargo, algunos animales de tan sencilla organización, que carecen de aparato digestivo, y no teniendo ni aún boca para comer, se alimentan únicamente de las sustancias que puedan filtrarse á través de los tegidos de su cuerpo.

Como todos los seres vivos mueren al cabo de un tiempo más ó ménos largo, pronto quedaría la tierra completamente despoblada si no tuvieran la facultad de reproducirse; así es que, aún cuando el individuo en particular perece, la especie se conserva, aunque á la larga llegue á extinguirse ó á modificarse tanto que se haga muy distinta de lo que fué. Pero si bien los animales y las plantas se reproducen, existen notables diferencias en la reproducción y, á la verdad, algunas analogías.

Las plantas tienen, por lo general, en sus flores, los órganos de la reproducción y las especies se perpetúan por la semilla, ó por estaquillas, ó por acodos, ó por injertos. En los animales hay reproducción sexual, asexual y mixta. La primera es la más común en los seres más importantes de la escala zoológica, aunque se cumple de variadas maneras. La asexual se produce, ó bien por segmentos, ó bien por yemas; y la mixta se verifica en algunas especies, cuyos individuos se engendran unos por yemas y otros por sexos. En las plantas es muy frecuente encontrar los órganos sexuales reunidos en una misma flor, constituyendo el hermafroditismo, y también es muy frecuente la reproducción por segmentos, y en los animales se observan también, pero raras veces, idénticos fenómenos.

M. SANCHEZ BRUIL



## TROCAR LOS PAPELES

Si en este mundo no marchan las cosas algo peor de lo que van, no es indudablemente porque dejemos muchas veces de hacerlas al revés. Me extraña en verdad que se progrese y adelante en esta vida, pues en ella todo marcha de muy diverso modo á aquel bajo el cual debiera caminar.

Examinémose si no con atención lo que en el mundo acontece muy comúnmente y se verá cuán verdad es lo que afirmo. Todos queremos aparentar lo que no somos, todos deseamos ser aquello para lo cual no tenemos condiciones. Y es raro. De esta lucha, de esta antítesis verdadera entre lo que es y lo que debiera ser, sale, sin embargo, algo bueno, aunque no todo lo que en rigor debiera resultar.

Pasead conmigo un rato por esas calles. Ahora pasa un mozo que á duras penas levanta tres pies del suelo y ya le teneis á pesar de ello, con un enorme sombrero de copa en la diminuta cabeza, con su levita negra, flamante y lustrosa, con unas gafas caladas sobre la invisible nariz, y con un veguero tan grande como su humanidad, cuyo cigarro apenas pueden sostener sus labios.

Mirad á ese muchacho, y á vuestro lado pasará taciturno, serio y grave. Habladle un momento y su conversación versará sobre política, respecto á religión ó acerca de algún intrincado problema de economía ó de hacien-

da. El escepticismo se dibujará en sus frases, la duda, esa terrible expresión de la desgracia, asomará á sus labios aún no sombreado; por el bozo y en los que solo debía aparecer la sonrisa del candor; y quién sabe si esa duda llegará allí donde no ha tenido tiempo ni aún para llegar la fé, si esta no fuese el primer sol que ilumina el espacio de nuestras inteligencias.

Dirijamos ahora la vista á ese viejo compuesto, que quiere hacer pasar los arrugados pergaminos por terso papel, y ved la diferencia. Con cierta coquetería estúpida irá dando saltitos y contoneándose, moviendo un junquillo con el cual hace contorsiones ridículas, impropias de su edad. Conversad con él un momento y solo os hablará de cosas triviales y de verdaderas niñerías.

Conversad con aquel joven almibarado y compuesto y os hablará de modas, de espectáculos, os referirá la crónica escandalosa de la Corte, se encargará de cortar vestidos y reputaciones, de inventar patrañas ó aumentar el caudal de los embustes que corren de boca en boca, y os dejará enseguida porque le espera el corsetero para probarle un justillo, ó el peluquero porque se le ha descompuesto una onda de las que al descuido caen por su frente.

Por el contrario, paraos á hablar con aquella señorita un momento tan solo. Os pedirá ú os dará probablemente noticias sobre discusiones parlamentarias, acerca de los rumores de crisis, de política extranjera, del alza ó baja de la Bolsa, y así por el estilo.

¿Estais en el teatro? Pues de seguro oireis hablar respecto á negocios bursátiles, si por acaso estais cerca de comerciantes; del estado de un recurso de casación interpuesto ya en la forma ó en el fondo, si os depara la suerte estar al lado de abogados; de la resolución de un expediente ó de los trámites que ha de llevar, si hay empleados á orilla vuestra.

Id en cambio á la oficina de los últimos y les oireis conversar sobre el espectáculo á que en la noche anterior asistieron. Esperad un momento en la Sala de Abogados donde, los que visteis en el coliseo, esperan lugar para una vista, y les escuchareis hablar de teatros y comedias.

Todo en este mundo se hace completamente al revés, se cambia, y se invierte el orden natural en que las cosas deben hacerse, y así resultan ellas las más de las veces.

Esta es una costumbre muy general, pero muy mala también y conviene estirparla por completo. Cada edad, cada persona, cada estado, cada posición, reclaman una manera de ser diferente.

Juegue el niño en la venturosa edad de la infancia; piense el hombre maluro en los áridos problemas de la vida; hable la mujer, ese bello ángel de la creación, de modas, de labores, de vestidos; y en cambio los jóvenes del sexo feo, ocúpense ménos de afeites, corsés y zapatos invisibles, que no se han hecho para pies masculinos.

En una palabra, que cada cual vea la situación en que se encuentra, lo que es, y haga lo que deba hacer: ni más ni ménos.

En lo que respecta á los niños, cuiden los padres de predicar con el ejemplo; no convirtiéndose á aquella época para que sus hijos se conviertan en hombres prematuros y al fin y al cabo adquieran malos hábitos, que luego son muy difíciles, si no imposibles, de desarraigar.

Los niños de hoy son los hombres de mañana y algo debemos hacer todos en pró de la patria del porvenir.

CÁRLOS MARÍA DÍAZ VALERO

## LOS ESLABONES DE ORO

(CONCLUSION.)

Y el carpintero, creyéndose ya feliz, fué á dar el segundo golpe; pero al darle, se hirió en un dedo con el corte de la azuela.

—Esto no es nada,—decía, viéndose la herida;—dejaré el trabajo por hoy: á fé que tengo necesidad de descansar.

Se agachó á coger las astillas y... ¡no las encontró!

Por la noche no pudo dormir a consecuencia del dolor que tenía en el dedo. Al día siguiente ya no era el dedo sólo lo que le dolía, sino que también le dolía toda la mano. Al otro día la inflamación tomó un carácter grave. Comenzó la gangrena, vinieron otras complicaciones, y la enfermedad duró tanto, que para alimentos y medicinas tuvo que ir vendiendo sus herramientas nuevas, luego sus bancos y sus armarios, después las maderas finas, y por último su casa.

Al verse sin nada se retorcia de cólera en su lecho, y tanta tuvo, que murió en un acceso de ella, solo y abandonado, como se muere un perro en el campo.

V

El día en que murió el carpintero murieron también otros pobres, y cuando iban por el camino del cielo se le encontraron llorando amargamente porque no podía subir.

Los pobres le dijeron:

—Cuando éramos pobres nos dejaste morir de hambre y de frío; pero nosotros no somos vengativos. Ven y te ayudaremos á subir.

Y, cogiéndole entre todos, querían subirle.

Pero ¡ay! el carpintero pesaba tanto, que aunque eran muchos los pobres que le subían, todo era en vano, no podían con él, y su cuerpo se hundía y se hundía sin cesar.

Así es que, sintiéndolo mucho, no tuvieron más remedio que dejarle caer y subir ellos solos á los cielos.

.....  
Cuando los pobres iban muy altos, volvieron la cabeza hacia la tierra para darle el último adiós, y vieron que había un punto muy oscuro, de cuyo centro salían unas llamas muy encendidas.

Era que el carpintero llevaba enredados en sus piés los eslabones de oro, cuyo peso era tan grande, que, al caer, rompió la tierra que cubría la entrada de un abismo oscuro, en cuyo fondo está la puerta del infierno.

## LA LIRA DE LOS CIELOS

I

Iban un día dos ángeles de paseo por la Gloria, si en la Gloria se puede decir que hay días, y viendo la inmensidad de astros que se agitaban bajo sus piés, pensaron en ir á verlos.

Así lo hicieron, y volaban de estrella en estrella, cuando de repente se encontraron envueltos por la sombra que arrojaba un planeta al ser iluminado por otro en su polo opuesto.

Cruzaban por aquel espacio unos nubarrones muy negros y muy densos, y les pareció oportuno detener el vuelo de sus alas, y descansar mientras duraba la sombra aquella.

Y un ángel dijo al otro:

—Mira, hermano mío, si te parece, aunque no veremos en nuestro viaje cosas mejores que las que tenemos en la Gloria, de cada sitio que veamos llevaremos lo mejor que haya á nues-

tros compañeros, para que vean que no los hemos olvidado.

No le pareció mal la idea al otro ángel, y desde aquel instante decidieron ponerla en ejecución, empezando á recoger lo que mejor les parecía.

No nos olvidemos de estas nubes tan oscuras, dijeron, porque la oscuridad precisamente es lo que más ha de chocarles, puesto que nunca se ha visto en la Gloria. Diciendo esto pusieron sobre sus alas lo más negro de las nubes, y volaron.

Y como iban por las estrellas, encontraron dos tan brillantes que brillaban casi tanto como el sol. Las cogieron, las pusieron sobre sus alas, y volaron.

Recorrieron la superficie de un planeta, donde no había más que flores; eran tan hermosas y de un olor tan suave, que no hay en la tierra otras con las que poder compararlas. Aunque todas les parecían mejores, sólo cortaron unas cuyas hojas eran rojas y blancas, las pusieron sobre sus alas, y volaron.

Luego atravesaron por unas nubes tan blancas y transparentes, que parecían de nácar, y tomando de ellas lo más puro, agitaron sus alas y volaron.

Por fin escucharon en el espacio una música tan dulcísima, que se acordaron de la que oían en la Gloria; se dirigieron hacia donde se escuchaba, y vieron sobre un astro pequeño una lira que parecía de marfil y que sonaba sola.

La cogieron, la pusieron sobre sus alas y volaron.

Pero como habían volado tanto, les pareció bien dormirse mecidos en unas nubes que por allí flotaban y arrullados por las melodiosas armonías de su lira.

II

Y como se durmieron, sus alas se plegaron y se cayeron las cosas que llevaban sobre ellas.

Seguían en un profundo sueño, cuando una doncella tan hermosa como ellos, que tenía una lira en la mano, les despertaba.

Ellos que se creían solos, se admiraron de ver que no lo estaban, sino que les despertaba aquella doncella vestida de un manto azul, que irradiaba claridad, como la claridad de sus alas.

Era que las nubes blancas y las nubes negras y las flores rojas y blancas, se habían combinado, se habían desleído sus colores y animada la mezcla por los suspiros de vida que los ángeles exhalaban, había resultado un ser purísimo, en cuyos ojos anidaron las dos estrellas, en cuyos cabellos se extendieron las nubes negras y en cuyos labios se escondieron las hojas encarnadas de las flores; en su frente y su cuerpo se extendieron las hojas blancas y las nubes de nácar se desvanecieron, y con las gasas azules de los cielos, se tejió su manto azul.

Los ángeles, que no piensan más que en María, en la Reina de la Gloria, en la Reina suya, dieron á aquella aparición el nombre de María.

III

Y María y los ángeles volaban por todas partes, oyéndose á su paso melodías, que ni el ruido de las gotas de agua las imita, ni las imita el cántico de los pájaros, ni el choque de los cristales y las perlas, ni el ruido de las espumas que se deshacen.

Como recorrieron todos los planetas, llegaron un día á la tierra.

Por todas partes habían ido con María, pero no quisieron que en este planeta les acompañara.

se; sabían que en su superficie anidaba mucha perversidad, y dijeron:

—Te formaremos un palacio y en él vivirás hasta que nosotros volvamos.

Y con solo su voluntad quedó formado. Era un edificio transparente, que se levantaba en medio de un valle, como si fuera de cristal.



Sólo tenía una puerta cerrada, y por los cuatro ángulos se veían inmensas galerías llenas de columnas de oro, jardines llenos de árboles y flores y pájaros y fuentes. En el centro estaba María.

Un grupo de nubes le servía de lecho, y allí reclinada vivía en dulce éxtasis, teniendo en sus manos la lira de los cielos, que tocaba sola.

IV

Es extraño, se decían unos á otros los vecinos de un pueblo cercano al sitio en donde estaba María, todos los ladrones desaparecen; sin duda huyen á las cuevas de la montaña, allí van á juntarse todos y van á caer sobre nosotros. Y esto no sin fundamento lo decían, porque ya otras veces había sucedido.

Mas esta vez no sucedía así.

Era que los ladrones cuando pasaban por el palacio, y al través de sus cristalinas paredes veían columnas de oro, encontraban allí medio de saciar su sed de riquezas impunemente, porque decían:

—Aquí no hay más que una mujer dormida, entremos y nos llevaremos unas cuantas columnas que bastarán para hacernos felices, y si la mujer que allí duerme despierta y se opone, ella es débil y la daremos muerte. Y así lo hacían; empujaban la puerta, que se abría con facilidad, y se cerraba cada vez que entraba uno; se dirigían á las columnas; pero ¡ay! apenas las tocaban con intención de llevárselas, se abrían, los ladrones quedaban encerrados dentro, y como sus paredes eran muy gruesas, por más que gritasen pidiendo socorro, se ahogaban sus gritos.

¡Y nadie podía escarmentar, porque nadie sabía al entrar lo que le esperaba!

V

En el pueblo en donde los ladrones iban desapareciendo, había una familia sumamente pobre y más aún desgraciada.

Habitaba una casita miserable. Sus paredes estaban rotas por todas partes. El agua y la nieve entraba por los tejados y el aire frío por las ventanas.

En el interior había dos sillas desvencijadas y una cama de tablas con un colchón viejo. El padre estaba impedido: la madre enferma y sin vista: la hija tenía una parálisis en los brazos, y no podía coser ni podía hilar.

A pesar de todas estas desventuras, los padres estaban siempre muy alegres, porque tenían dos cosas que eran su consuelo; la Virgen y su hijo.

Su hijo Célio, que apenas despuntaba el nue-

vo día, se arrodillaba delante de una imagen de la Virgen, que pintada en un papel tenían pegada á la pared, murmuraba una corta y sentida oración, daba un beso á sus padres y un abrazo á su hermana y se marchaba á trabajar á unas minas, que cerca del pueblo había.

Pero un día hubo una explosión terrible en aquellas minas; Célio cayó entre los escombros, y cuando se le sacó de ellos, hubo que cortar los dos brazos, que se le habían roto.

Con esta nueva desventura, la infeliz familia quedó en la más honda miseria; pero ninguno de los cuatro se inquietaba por su suerte, y si alguna vez caían gruesas lágrimas por los ojos de los padres, eran arrancadas por el dolor de ver la suerte de sus hijos.

## VI

Una noche, era una noche muy lóbrega. Llovía mucho. El viento impetuoso había destruido las dos ventanas de casa de Célio, y el agua inundaba la reducida habitación. Esperaban con santa resignación la muerte, y Célio vertía lágrimas delante de la imagen pidiéndole socorro.

De repente sonaron dos golpes fuertes en la puerta, que no fué necesario abrir, porque era tan insegura que se abrió, dando paso á un desconocido.

—Célio, le dijo el personaje que acababa de entrar, vente conmigo y pronto volverás con los bolsillos cargados de oro y riquezas.

Algo de extraño sintió Célio en su espíritu, y antes de acceder á la proposición que oía, rogó un momento á la Virgen.

La pobre hermana vió al desconocido hacer horribles gestos, en tanto que su hermano oraba.

Célio, por fin, concluyó su oración y se fué con quien tanto le prometía.

## VII

Bien pronto llegaron al palacio donde estaba encerrada María, y donde se escuchaba la lira de los cielos, porque no era otro el sitio adonde era Célio conducido.

La puerta se abrió, y aquella vez sucedió lo que no había sucedido hasta entonces, y es que pudieron entrar dos juntos á un tiempo.

Cuando estuvieron dentro, la puerta volvió á cerrarse, y el desconocido dijo á Célio:

—Ven, ayúdame, arrancaremos una de estas columnas, que son de oro, la venderemos, y con el importe toda tu familia tendrá para comer mientras viva.

—¿Cómo he de ayudarte, dijo Célio, si no tengo brazos en mi cuerpo? Cuando apenas concluyó de hablar, se encontró con sus dos brazos, tan sanos y tan fuertes como antes de cortárselos.

Entonces se aterrorizó sin saber por qué, sintió en su interior una misteriosa agitación, y creyó oír á su conciencia que le decía:—«Esto no es tuyo, y por lo tanto no debes tocarlo.» Por eso Célio dijo al desconocido:

—No, si tú me has dado mis brazos con la condición de que te ayude, córtameles en este mismo instante, porque ¿para qué los quiero si ellos han de servirme para robar? Prefiero acercarme á aquella señora que en medio de los jardines descansa y pedirle una limosna. Yo creo que se apiadará de mí.

Pero el espíritu del mal, que no era otro el que incitaba á Célio, seguía fascinándole, y seguía atrayéndole hacia las columnas de oro, y Célio cada vez más se resistía y quería retroce-

der. Así se estableció una terrible lucha entre los dos, y Célio seguía siendo arrastrado involuntariamente.

Ya habían llegado á las columnas, y el espíritu del mal dijo á Célio, viendo su inmensa resistencia:

—Bien; puesto que no quieres llevarte nada, quiero darte gusto. Me contento con que las toques, yo las arrancaré y las venderé para tí.

Y como Célio no quisiera ni aún tocar lo que no le pertenecía, el diablo tentador le agarró de los brazos para hacer que á la fuerza las tocara: pero ¡ay! que al tirar se quedó con ellos en la mano, se cayó de espaldas en una columna, dió un grito espantoso que resonó por todas las bóvedas de aquellas galerías, se oyeron gemidos tristes, y Célio corrió despavorido hacia donde estaba María.

## VIII

Al siguiente día, montados en dos hermosos caballos blancos, llegaron á la casa del alcalde del pueblo dos ginetes y le dijeron:

—Mañana pasarán por este sitio nuestros Príncipes; quieren celebrar su boda en la iglesia de este pueblo; tomad esta suma para que se reparta entre los pobres, y tomad esta otra para adornar la iglesia. Diciendo esto y dejando en las manos del alcalde dos inmensos sacos de monedas de oro, desaparecieron sin saber por dónde.

El alcalde no cabía en sí de gozo; cundió por todo el pueblo la noticia, y repartió el dinero entre los pobres, siendo los primeros los padres de Célio, porque eran los más necesitados.

Todos le tenían por loco cuando contaba lo ocurrido; sin embargo, era la autoridad, pagaba en buenas monedas, que son aún mejores autoridades que los alcaldes, y así todos obedecían, de tal suerte, que de la noche á la mañana estaba el pueblo completamente desconocido.

## IX

Al día siguiente los padres de Célio estaban admirados. La madre veía, el padre no estaba impedido, la hija podía hilar y podía coser.

No comprendían lo que les pasaba; pero como eran tan devotos de la Virgen, en seguida atribuyeron á ella aquel milagro, y lo primero en que pensaron fué en ir al templo á darle las gracias por su misericordia.

No cabían en sí de gozo, y más aún cuando esperaban que su hijo volvería lleno de riquezas, y cuando tenía la limosna que les acababan de dar.

Bien pronto se llenó de gente la iglesia, que parecía un áscua con tanta luz.

Al dar las nueve, el cura se impacientaba porque los Príncipes no venían, y el pueblo, que había pensado que el alcalde se había vuelto loco, comenzó á convencerse de ello.

Pero las campanas empezaron á convencer al pueblo de lo contrario, porque se movieron y repicaron solas.

Apenas concluyeron sus acostumbrados toques, dos apuestos jóvenes se vieron en el altar mayor, sin que nadie hubiera visto por dónde habían entrado.

El cura, atolondrado de ver tantas cosas extraordinarias, no sabía qué hacer, porque él era entonces quien se creía loco; pero no tuvo más remedio que empezar la misa.

## X

La misa seguía.

Todo el pueblo miraba sin cesar á los Príncipes.

Algunos decían:

—Mirad: el Príncipe se parece algo á Célio.

Sus padres creyeron encontrarle también algún parecido.

Sin embargo, todos estaban conformes en que el Príncipe era más bello y más gentil.

Luego llegó el momento de la comunión.

El cura la dió á los nuevos esposos.

Entonces se desprendieron dos ángeles de entre las molduras del altar mayor. Se oyó una música dulcísima, se rompió la nave de la iglesia, se envolvió todo el espacio en una niebla trasparente, y los Príncipes volaron sobre las alas de los ángeles.

María llevaba en la mano la lira de los cielos.

Célio saludaba á sus padres según iba subiendo.

Ellos le conocieron y no sabían más que llorar.

## XI

Al salir de la iglesia nadie tuvo tiempo de comentar tantas cosas extrañas, porque se oía un ruido siniestro y espantoso mezclado con horribles gritos de desesperación.

Todos se fueron hacia donde tal ruido se escuchaba, menos los padres de Célio y su hermana, que en medio de su confusión se fueron instintivamente á su humilde casa.

En tanto el pueblo llegó al sitio del ruido.

Era el palacio que se hundía debajo de la tierra, ésta se había abierto como una inmensa boca, y tragándose el edificio entero, se había vuelto á cerrar.

Sólo quedaron encima de ella los esqueletos de los criminales que habían sido encerrados en las columnas.

Andaban despavoridos por el campo, y uno de los esqueletos, mayor que los demás y envuelto en un manto de color de fuego, les decía:

—Tomad, tomad, tomad. ¿No queríais oro? Pues tomad, y diciendo esto, arrojaba sobre los infelices columnas de oro que, al darles, rompían sus huesos secos y quebradizos.

## XII

En tanto llegó la noche, y cuando los vecinos, aturdidos por tantas emociones, volvían á sus casas, vieron que por las ventanas de la de Célio no entraba ya el frío ni por sus tejados el agua ni la nieve, porque la casa era un elegante palacio, en cuyo interior no había nada que desear, y cuyo exterior era una maravilla de arte.

Pero una habitación es la que más admiraba á los vecinos.

Porque estaba cubierta de gasas azules y estrellas blancas, y en medio, sobre un caprichoso pedestal, había una lira que parecía de marfil, tocaba dulces armonías, y de vez en cuando se oía sin saber por dónde:

«Antes de tomar lo que no sea tuyo, prefiere morirte en la miseria.»

## XIII

Supongo que tendréis vivos deseos de ver la casa de Célio, y de escuchar la lira de los cielos.

Pues teneis que desistir de ello, porque además de haberse olvidado el camino, he sabido hace pocos días, que cuando la familia de Célio murió, la casa se deshizo y se quedó como antes, y nadie ha vuelto á saber de la lira de los cielos.

R. Velasco, impresor, Rubio 20